

LA DIMENSIÓN POLÍTICA DEL PERIODISMO: UNA GARANTÍA PARA LA DEMOCRACIA

Raquel San Martín
Universidad Católica Argentina (Argentina)
rsanmartin@lanacion.com.ar

Resumen

Con su ética y sus prácticas cada vez más cuestionadas, el periodismo necesita hoy recuperar la dimensión política como uno de sus principios fundamentales, es decir, poner en primer plano la noción de que, en su ejercicio cotidiano, los periodistas toman decisiones que influyen en el desarrollo del debate público, instalan temas en la agenda del poder y de los ciudadanos y definen la salud institucional de una comunidad. La ética dominante de la objetividad contribuyó a invisibilizar este efecto de la información periodística, mientras, paradójicamente, se extiende la influencia de los medios como actores políticos. Se propone aquí reemplazar la neutralidad por otras prácticas: considerar la información como un bien público, balancear los puntos de vista y privilegiar el interés de los ciudadanos sobre la información oficial. Este cambio de orientación puede ser una contribución de peso en el fortalecimiento de las debilitadas instituciones democráticas en América latina.

Palabras clave: ética periodística – objetividad – dimensión política – ciudadanía – medios como actores políticos – valores periodísticos.

Desde hace algunas décadas, describir la crisis que atraviesa el periodismo de referencia en los países centrales se ha vuelto casi un lugar común. Abunda la bibliografía que señala que el periodismo se encuentra en un momento de transición que lo obliga a rediscutir los principios y las técnicas que lo caracterizaron desde su conformación como oficio autónomo, hace más de un siglo (Ramonet: 1998; Wolton: 2001; Dader: 1992; González Reigosa: 1997).

En este tiempo de turbulencias, la crítica que subyace a todos los cuestionamientos que se hacen al periodismo es su creciente inadecuación para recorrer, relatar e interpretar una sociedad compleja y multifacética. En estos diagnósticos críticos se suele poner el acento en las prácticas periodísticas desviadas, tales como la excesiva cercanía con el poder, los conflictos de intereses, la pertenencia a un microclima profesional alejado de los intereses del público, la falta de rigor en el chequeo de información, el sesgo en el tratamiento de ciertos temas y la búsqueda de impacto. El resultado de estos análisis suele ser la recomendación de reforzar principios éticos en la práctica del periodismo, que se desarrollan en códigos, declaraciones y manuales de estilo.

Sin embargo, apenas se sale del papel, estos principios suelen colisionar de inmediato con las condiciones del trabajo periodístico real. ¿Qué es la independencia en un entorno mediático marcado por la concentración y el creciente poder de las empresas? ¿Qué es la veracidad cuando las fuentes se han vuelto cada vez más independientes y pueden llegar a los ciudadanos de forma directa, sin la mediación del periodista? ¿Se puede seguir hablando de objetividad, cuando el periodismo “neutral” se ha demostrado más un rótulo que una posibilidad concreta?

Entre sus principios constitutivos, sin embargo, hay uno que no sólo mantiene su vigencia, sino que ve hoy su relevancia incrementada. Se trata de la dimensión política del periodismo. No hacemos referencia a una adhesión partidaria o un sesgo ideológico, a la manera de los primeros periodistas-activistas políticos, que utilizaban la prensa como canal para la difusión de sus ideas. Es, por el contrario, la noción de que, en el ejercicio cotidiano del periodismo, se toman decisiones que influyen en el desarrollo del debate público, instalan temas en la agenda del poder y de los ciudadanos, orientan las ideas que los ciudadanos construyen sobre la política y definen la salud institucional de una comunidad. Más aun, que eso constituye uno de los principales efectos de sentido que genera la información periodística.

Esta función tiene hoy una particular complejidad. La actividad informativa se desarrolla naturalmente a través de los medios de comunicación que, en relación con la política, tienen efectos en varios campos, no siempre exentos de desviaciones y consecuencias polémicas. Por un lado, los medios son hoy escenario privilegiado del debate público y la construcción de la verosimilitud del hecho político. En segundo lugar, son actores del propio proceso político, cuando intervienen “en la definición de la agenda pública, en la influencia de líderes mediáticos en la formación de la opinión pública, en la fiscalización de los actos de gobierno” (Camacho Azurduy: 2005, 3). Finalmente, se mueven en una dimensión simbólica, es decir, contribuyen a dar forma a la representación del vínculo entre los ciudadanos y el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

Por eso, el periodismo no sólo no puede prescindir, sino que necesita contar con una filosofía democrática y una concepción específica de un modelo de sociedad como parte del mismo imaginario de los periodistas.

Apariencia neutral

Sobre la premisa de que la información es vital para la democracia surgió y se fortaleció el principio de la objetividad, un duradero paradigma para el ejercicio del periodismo, que instaló la neutralidad, la asepsia de los hechos, el distanciamiento y la ausencia de un modelo político explícito como principios sagrados, y dio forma a prácticas periodísticas que se siguen difundiendo (1).

En efecto, el modelo de prensa democrática definido en el liberalismo clásico coloca a la prensa en un doble rol: es árbitro imparcial, equidistante de los poderes existentes, con el objetivo de buscar la verdad; y tiene por obligación mantenerse vigilante ante quienes ejercen el poder para denunciar sus desvíos y corrupciones.

Esta forma aparentemente des-ideologizada y neutral de entender el periodismo, sin embargo, tiene un potencial ideológico potente, que contribuyó a negar, o al menos a invisibilizar, la dimensión política del trabajo periodístico, un aspecto necesariamente presente en quien se reconoce como actor social que con su intervención hace posible la existencia de una esfera pública, alimenta, promueve o coarta los debates públicos y la capacidad deliberativa de los ciudadanos. Ya el propio modelo del “periodista vigilante” de los poderes públicos instala una contradicción en el modelo del periodismo objetivo porque, como indica Miralles (2001, 20), “no se puede afirmar que el periodismo que se cree depositario de la ‘objetividad’ desarrolle funciones fiscalizadoras sin una visión más o menos concreta del buen gobierno y del buen ciudadano, así como del bien común”.

Como señala la autora (2001, 11), “no deja de resultar paradójico el hecho de que el periodismo, al ocuparse de lo que en la categoría casi de eslogan se ha llamado ‘interés público informativo’, al mismo tiempo insista en negar que ese concepto es y debe ser construido desde un modelo político de sociedad, que allí no entra en juego la ‘objetividad’, que por sí solos los hechos como materia prima del modelo informativo no son asépticos y que en términos de ética pública justamente se trata de hacer visibles los actores que inciden, las razones desde las cuales se construye y los modos en que se manifiesta ese interés público. Como constructores de esfera pública, ¿pueden los periodistas continuar operando sin una filosofía pública?”.

Esta deliberada opacidad en que el propio campo periodístico ha mantenido a la dimensión política que tiene su ejercicio no puede leerse sin prestar atención al contexto político de los países latinoamericanos, y el “estado de decadencia institucional” de las democracias latinoamericanas, caracterizado por “el creciente déficit de legitimidad que se derivaría de la incapacidad de los regímenes democráticos para mejorar las condiciones de existencia de las grandes mayorías nacionales” (Borón: 2003, 261). El aumento de la violencia, la fragmentación y crisis de los partidos políticos, la inestabilidad económica, el desempleo y la corrupción e ineficiencia de los aparatos estatales generan en las débiles democracias locales un creciente cuestionamiento de los ciudadanos a las instituciones, que alcanza también al periodismo. En general, hay acuerdo en aceptar que el principal desafío de las democracias latinoamericanas consiste hoy en eliminar la brecha que existe entre la formalidad de la ley y los mecanismos electorales, por un lado, y la conciencia y la práctica cotidiana de la ciudadanía, por el otro (Camacho Azurduy: 2005, 1). En ese contexto, más que refugiarse en su pretendida distancia con la cuestionada política, se impone adoptar una más saludable orientación política.

Palabra de periodista

Mientras tanto, ¿tienen los periodistas conciencia clara de su influencia política? ¿Creen que la calidad de su intervención puede fortalecer el sistema democrático tanto como generar el efecto contrario?

Bajo la premisa de que las actitudes y percepciones subjetivas que los periodistas tienen sobre su trabajo influyen directamente en la calidad de su tarea, se realizó una investigación exploratoria para intentar detectar la noción de información que manejan los periodistas y su modo de caracterizar y valorar la función social que cumplen (2).

Según los resultados, la noción de la función social que cumple el periodismo es bastante clara en el discurso de los profesionales, y aparece en general relacionada con dos conceptos: el poder y la influencia que tiene la actividad, de los cuales son muy conscientes, y los estrechos márgenes en los que el periodista se mueve para ejercer su trabajo.

Así, aunque en principio los periodistas definen su tarea como la de ser “intermediarios” entre los hechos y la gente, a quien se le hace llegar información y datos para que “tome decisiones”, también aparecen visiones menos académicas, como cuando se describen como “testigos privilegiados”, capaces de “manejar información que no maneja el resto”.

Del discurso y el diálogo entre los periodistas se desprende claramente que el ejercicio profesional está encuadrado y limitado por muy diversas variables: la línea editorial, las características técnicas del medio, el perfil del medio para el que se trabaja, las decisiones de los editores. Incluso, aparecen con fuerza dos condicionamientos novedosos: la “necesidad de impactar” con el trabajo (como si los periodistas hubieran incorporado en su tarea cotidiana las exigencias que impone el marketing del diario) y un lector que le pide al diario más que lo que el medio puede darle. Se trata, además, de limitaciones naturalizadas, internalizadas a fuerza de trabajar en ese medio determinado y vividas como imposibles de modificar.

La responsabilidad aparece emparentada con el rigor profesional: el chequeo de las fuentes, la consulta a voces distintas que equilibren el relato, la repregunta, el cuidado de no ser manipulado por los intereses de las fuentes, la necesidad de profundizar en los temas y no “quedarse en la superficie”, conocer los temas antes de escribir sobre ellos. Aunque existe una conciencia de margen posible para actuar, la responsabilidad se parece más a un lugar donde refugiarse de esas limitaciones que un valor que se ejercita de manera positiva.

El concepto de información que manejan los periodistas espontáneamente coincide con el de noticia. Es inseparable de lo que se publica en un medio, siempre vinculada con la línea editorial, evaluada según los criterios canónicos de noticiabilidad (novedad, impacto, espectacularidad, singularidad) y relacionada también con las características técnicas del medio (no es lo mismo la información en televisión que en un medio gráfico, por los condicionamientos productivos que instala cada uno). Sin embargo, hay otros factores que también influyen en lo que se considera información-noticia, como el azar, otras noticias, ciertos “humores sociales” y modas, e incluso factores coyunturales que hacen que un acontecimiento tenga lugar en los medios y, entonces, pueda ser entendido como información.

No puede decirse que en los periodistas predomine la idea de la información como bien público, ni la apelación a los lectores como ciudadanos. Esta constatación enciende indudablemente una alarma, que, de todos modos, puede relativizarse con otro hallazgo: a pesar de que no es la noción predominante, sí hay conciencia clara de que la información está adquiriendo una creciente centralidad y transparencia como materia prima sensible, que desde el funcionamiento de los medios puede afectar el funcionamiento de las instituciones democráticas y asegurar u obstaculizar el ejercicio de los derechos ciudadanos.

Sin embargo, esta constatación no tiene todavía una expresión pública clara por parte de los periodistas, que expresan poco su malestar, naturalizan las presiones que dicen sentir como inmodificables y parecen satisfacerse con buscar el margen para trabajar.

Es cierto que los periodistas acotan la responsabilidad de su trabajo a las notas que escriben cotidianamente, sobre las que, incluso, sienten perder control ante las limitaciones que impone la lógica comercial, técnica e ideológica de los medios en los que trabajan. Pero no puede sostenerse de igual modo que tengan una noción difusa de la función social que cumplen. Más aun, tienen claro que se trata de una función social relevante, de intermediarios, de testigos, con acceso privilegiado a los acontecimientos de interés público, de instalación de temas en la agenda pública. Lo notable es que esa conciencia no puede luego plasmarse en la actividad cotidiana, acotada, como se dijo, por múltiples limitaciones, frente a las cuales sólo queda buscar los márgenes para la negociación o quitar la firma para proteger la propia conciencia.

Los verdaderos cambios en el ejercicio profesional se dan cuando se incorporan en la mentalidad periodística y se hacen referencia para la tarea diaria. Si el objetivo es recuperar una dimensión política para el trabajo entre los principios periodísticos, la mentalidad de los periodistas parece ser un campo propicio y atento, pero todavía poco proclive a transformar las inquietudes en discusión y poder construir un imaginario del periodismo que no lo acote a su desarrollo en un medio determinado.

La honestidad, cuestión de supervivencia

¿Qué valores pueden orientar hoy la recuperación de la dimensión política del periodismo y su compromiso con la democracia?

En primer lugar, como se dijo, volver a situar en el centro a la información como bien público. A su lado, reemplazar la imposible objetividad por la honestidad intelectual, es decir un conjunto de actitudes: mentalidad abierta, imparcialidad, fidelidad con el pensamiento propio y respecto a lo que sabe y lo que ignora, obligación de plantear todas las posiciones de manera equivalente (Fuller: 1996, 26).

Como indica Fuller (1996, 27) “no es demasiado pedir que los reporteros, libres de los requisitos imposibles de la objetividad y el requisito no funcional de la expresión neutral, jueguen limpio con los argumentos de los demás, expresándolos honestamente y presentando los hechos y la lógica que los sustenta”.

Una manera complementaria de mirarlo es, a la manera del periodismo público, enfocar los temas desde el interés del lector: “Contar la historia e interpretarla sin tocarle un pelo a la exactitud, pero al mismo tiempo hacer sentir al lector que uno está de su lado, que trabaja para él y que sólo él le importa” (Restrepo: 2001, 5).

Puede haber una razón de supervivencia para adoptar esta orientación: el público se ha vuelto crecientemente escéptico sobre las instituciones, e incluye cada vez más a los medios (sin separar periodistas de empresas) en sus críticas. Un diario no sólo transmite datos o da servicios, sino que debe generar un lazo vivo con sus lectores, que incluya el debate, el desacuerdo, la instalación de temáticas que deben conocer y la satisfacción de sus intereses, en síntesis, hablar su idioma.

“El periodismo necesita ayudar a las personas a comprender temas cada vez más complejos que afectan sus decisiones políticas y sociales, y eso es imposible sin hacer juicios de hecho y de valor. Las personas generalmente no encuentran interesantes los recuentos perfectamente neutrales porque el recuento escueto de los hechos puede ser tedioso y deja demasiadas cosas sin

resolver (...) La neutralidad en la escritura puede debilitar la relación entre el periódico y su comunidad, haciendo difícil que la gente encuentre en el periódico una personalidad, una voz única con la cual se puedan relacionar” (Fuller: 1996, 26).

Cada vez más, el periodismo se ve obligado a hacer su trabajo más transparente y más experto. Crecientemente informado, acostumbrado al uso de los medios y crítico de su funcionamiento, el público reclama pruebas para creer. Tal como sintetiza el informe 2005 “The State of the News Media”, elaborado todos los años por The Pew Research Center for the People and the Press, de Washington, “la era del periodismo *confía en mí* ha evolucionado al periodismo *muéstrame* (...). Más que sólo recorrer los pasillos del poder oficial, las empresas informativas necesitan hoy monitorear los nuevos medios alternativos de discusión pública”.

En el fondo de estas propuestas se encuentra una preocupación por acercar el ejercicio profesional a un periodismo de calidad y, por eso, fortalecer la democracia. En el contexto latinoamericano, esto no sólo significa asegurar la restauración y el funcionamiento de las instituciones según principios democráticos, sino también “demostrar que la democracia es una herramienta eficaz para asegurar la transformación social y la construcción de una buena sociedad” (Borón: 2003, 239), es decir, instalar la conciencia de que la democracia como forma de vida que permite construir una sociedad mejor.

La actividad periodística no se desarrolla en el vacío. Por el contrario, siempre tiene, lo reconozca explícitamente o no, un proyecto político que la sustenta y una filosofía pública. La fuente para ella no se encuentra en la actividad cotidiana de los medios, ni en las técnicas de redacción, ni siquiera en los códigos deontológicos, sino “en una ética pública enmarcada en un proyecto político en la que el periodismo debe basarse para orientar la actividad cotidiana sobre la actualidad y no en la actividad misma” (Miralles: 2001, 58).

Lejos de los principios abstractos, cerca de las preocupaciones cotidianas de los periodistas, transparentar la intervención política del periodismo como actividad social y definir sus principios de cara a los ciudadanos (no a los consumidores ni a los lectores simplemente) es un aporte urgente a las debilitadas instituciones latinoamericanas.

Notas

(1) El lenguaje neutro, el relato en tercera persona, el uso mínimo de adjetivos, las citas de fuentes, la descripción de hechos en directo, la apelación a representantes de la autoridad, el manejo de cifras y porcentajes son algunos de los instrumentos con que los textos periodísticos intentan señalar su “objetividad”.

(2) “La información como bien público: qué dicen los medios y qué piensan los periodistas” se desarrolló en 2004 dentro del Programa de Estímulo a la Investigación y Aportes Pedagógicos del Instituto de Comunicación Social, Periodismo y Publicidad (ICOS) de la Universidad Católica Argentina (UCA). Tuvo como objetivo detectar la percepción que tienen los periodistas sobre la función social que cumplen y el modo en que caracterizan la información como materia prima de su trabajo. Esas ideas se compararon con los discursos de los propios diarios sobre la información. En el trabajo de campo y evaluación de resultados colaboraron los estudiantes Ignacio Girón y Julián Fernández.

Bibliografía

- BORÓN, Atilio (2003): *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Clacso. Buenos Aires, Argentina.
- CAMACHO AZURDUY, Carlos (2005): “Ciudadanía y medios en América latina: alcances y proyecciones”, en: *Sala de Prensa* N° 77, Año VII, vol. 3.
- DADER, José Luis (1992): *El periodista en el espacio público*. Bosch Comunicación. Barcelona, España.
- FULLER, Jack (1996): *Valores periodísticos*. Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Miami, Estados Unidos.
- GONZÁLEZ REIGOSA, Carlos (1997): *El periodista en su circunstancia*. Alianza. Madrid, España.
- MIRALLES, Ana María (2001): *Periodismo, opinión pública y agenda ciudadana*. Norma. Buenos Aires, Argentina.
- RAMONET, Ignacio (1998): *La tiranía de la comunicación*. Debate. Madrid, España.
- Soria, Carlos (1989): *La crisis de identidad del periodista*. Mitre. Madrid, España.
- The State of the News Media* (2005), Pew Research Center for the People and the Press. Washington, Estados Unidos.
- TORRICO VILLANUEVA, Erick (2003): “Medios e informadores en la conflictividad democrática”, en: *Sala de Prensa* N° 58, Año V, vol. 2.
- WAISBORD, Silvio (2000): “Repensar la prensa en las democracias latinoamericanas”, en: *Sala de Prensa* N° 22, Año III, vol. 2.
- WARD, Stephen (1999): *Pragmatic news objectivity: objectivity with a human face*, Discussion Papers, John Kennedy School of Government, Harvard University.
- WOLTON, Dominique (2001): *Pensar la comunicación*. Docencia. Buenos Aires, Argentina.